

en compartimentos y olvidando la unidad indivisible. Estos médicos consideraban al enfermo como suyo; tengo a fulano enfermo o un enfermo en tal parte y no puedo dejar de ir a verlo aunque caigan chuzos, como se tiene una viña en los Parrales y no se puede dejar de ir a cuidarla. El enfermo es suyo porque él lo ha penetrado y lo ha conquistado. Y el enfermo dice también que es su médico porque solo él ha dado con su realidad dolorosa.

V

Ahora daría gusto hablar con D. Mariano y yo es que hasta lo oigo, del amor a la medicina, del amor al trabajo que se realiza que es lo que vale, porque sin ese amor, todo trabajo es estéril.

D. Mariano pudo estarse en su finca, pero no, llegado el momento tomaba el camino acuciado por el deber y ese es el ejemplo que daba a los que se fijaban en lo de los específicos, que era, sin embargo, una parte de su obligación.

“El ejercicio de la medicina es una escuela de amor al prójimo, de acatamiento a las leyes naturales, de resignación ante el destino, de auxilio sin tasa al dolorido, de sacrificio sin gratitud y sin premio, de silencio y oscuridad en los triunfos, de sereno estoicismo ante la adversidad y la injusticia, de humildad y de modestia ante la fragilidad de nuestra vida. El hombre que ejerce la medicina debe desprenderse de toda vanidad y todo orgullo, porque los días y las horas que corren le enseñan que la existencia es una llama oscilante, un soplo vital efímero, una sombra que pasa ante la eternidad del universo”.

En general, este médico echa pocas cuentas con las ganancias y le serviría para poco echarlas, aunque nunca falta alguien “que trae como presente un corderillo tierno al hombro atravesado con las cuatro pezuñas juntas sobre el pecho como cuatro juguetes barnizados”.

Esta es la vida regalada, el extraordinario epicureísmo del médico rural que no es dueño de sus horas, de su sueño, de su tranquilidad, de su existencia. Pertenece a todos sus enfermos pero no se pertenece a sí mismo.

